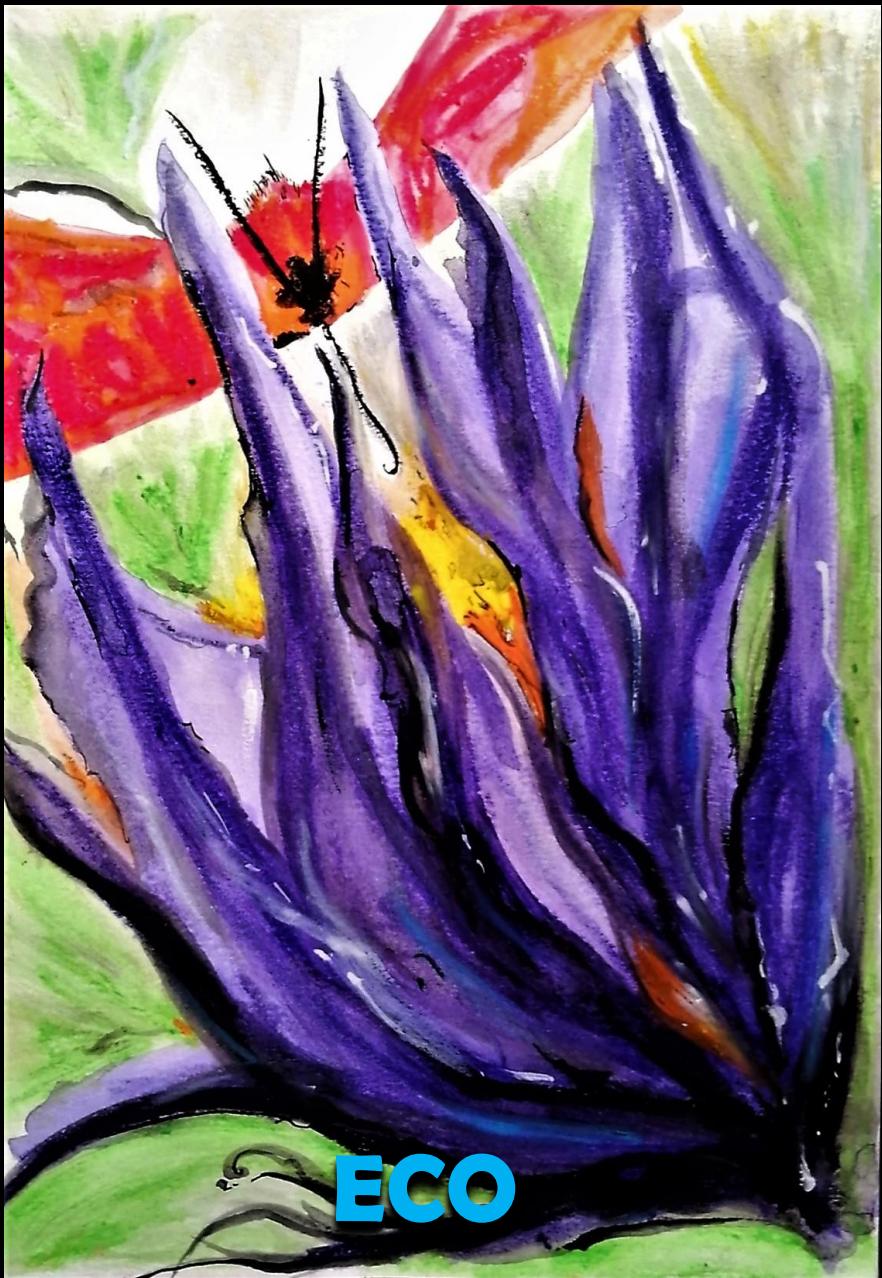


REVISTA
CLAN KÜTRAL
ARTE Y ACTUALIDAD



JULIO/AÑO 2022/Nº 014



Vista desde Cerro el Roble. Chile



Caracol, Pichidangui, Chile.



ÍNDICE

Editorial pág.3

Cuento destacado
MARIN, NO YO

Andy Rebel
pág. 11-12

Poesía destacado
DAVID GONZÁLEZ
Buenos Aires - Argentina
Pag.13-14

Editorial

La calma es necesaria y es un bien escaso en estos últimos días. Detenerse a pensar y escribir o capturar imágenes o crearlas, muchas veces es complejo para algunas personas si no hay esa calma, silencio o paz. Otras personas preferirán el caos y el movimiento para desarrollar sus creaciones y de esa forma les resulta más fácil o mejor. A algunos la idea del silencio absoluto les puede sonar aterrador y a otros el inmenso bullicio no los deja en pensar en paz. Cada persona construye su propia fórmula para crear. Su espacio propio.

Muchas personas terminan adaptando sus formas de crear al espacio y a las condiciones que tienen, porque más allá de todo, sienten una necesidad de crear y de compartir esas creaciones con otros. Algunos otros lucharán con todas sus fuerzas en contra de las condiciones establecidas para cambiarlas y así poder crear de buena manera un mundo distinto. Tampoco en eso hay una regla general.

Cada una de las presentes obras muestran de que está compuesto cada creador, sus mundos, sus anhelos, sus decepciones. Muchas fórmulas y muchas reglas distintas. Cada uno de ellos creó o construyó su trabajo en condiciones distintas, con complicaciones diferentes, con herramientas variadas, con fines diversos, sin embargo, hay en cada uno de ellos y ellas la necesidad de crear y mostrar lo que crea. Destacamos algunos trabajos, pero la verdad es que es solo para incentivar y agradecer.

Desde distintos rincones llegan a nuestra revista todos estos mundos y los valoramos a todos y hacemos eco de cada uno.



MARÍN, NO YO

A Marín siempre le han gustado los bototos. Esa madrugada yo estaba tirado en el piso, sobre un cartón húmedo, acorralado contra una banca de cemento. Él me daba patadas debajo de las costillas. Yo le había dicho a Marín que no me golpeara ahí porque hacía poco me habían apuñalado y tenía un tajo de treinta centímetros que no había cicatrizado bien. Pero Marín me pateaba con más fuerza, justo ahí, donde le pedí que no lo hiciera.

A Marín le gustaba salir de madrugada a patear vagabundos, salía junto a dos o tres de sus secuaces. Nosotros ya estábamos preparados para ese ritual y, de alguna manera, algunos buscaban la forma de escabullirse y otros nos entregábamos a la hazaña. Yo había decidido vivir en la calle hacía más de siete años, y muchos me conocían en el centro y sus alrededores. Esa madrugada, Marín me había culpado del robo de una cartera que fue denunciado por la esposa de un subprefecto de la PDI. A Marín le gustaba revisarnos los bolsillos y quedarse con las pocas monedas que macheteábamos durante el día, y también le gustaba patearme las costillas con sus bototos relucientes. Yo no tenía ni un solo peso, llevaba casi dos días sin comer más que los restos de un *Doggis* que encontré en un basurero de la plaza de Armas.

A Marín lo conocí hace varios años en el colegio, en un concurso intercomunal de bandas de rock emergente. Tenía diecisiete años, Marín, no yo; yo tenía quince y sentía cierta admiración por su talento vocal y su estilo grunge de pantalones rasgados y ropa americana. Él no se acuerda de mí, o no quiere acordarse. En ese

tiempo cantaba muy parecido a Shannon Hoon, de *Blind Melon*, Marín, no yo; yo solo sabía tocar el bajo. Terminé mi cuarto medio y seguí probando suerte en la música: unas pocas tocatas en bares de mala muerte y algunas presentaciones solistas a la salida de los locales comerciales. Pero algunos vicios y excesos me lanzaron a la calle de forma definitiva, a la vida sin techo y sin abrigo; al desconocido mundo puertas afuera. Y fue a partir de entonces que empezó mi largo peregrinaje urbano, por los ya conocidos y reconocidos callejones de la ciudad. Por su parte, Marín decidió abandonar la música y entró a formar parte de la policía. Cumplía con todos los requisitos y, como era de esperarse, quedó seleccionado dentro de los primeros de su generación. A Marín con frecuencia le asignan trabajos en terreno, dentro de los cuales destaca su notable labor de salir a patear vagabundos. Ya todos lo conocemos por los desquiciados métodos que usa para conseguir información de robos o nombres de presuntos involucrados en asaltos o riñas, o simplemente por su propensión a humillar por puro placer y sin motivo.

Recuerdo que en la adolescencia era un alumno muy popular, Marín, no yo. Yo solo sabía sacar malas notas y dormir en clases. Una vez, después de un concierto tributo a Nirvana, junto a un grupo de amigos y otras personas —dentro de los cuales estaba Marín—, fuimos a quemar neumáticos a la plaza Tucapel y a romper las vitrinas de las botillerías para robar cigarros y cervezas. Pero parece que el pasado poco importa para Marín. En ese tiempo yo no usaba esta barba ni estos harapos, no olía a cenicero ni a vino en caja; me lavaba los dientes, cumplía con mis obligaciones y me movía dentro de las normas, excepto después de las tocatas y en compañía de algunos amigos con los que compartíamos ciertos vicios y aficiones.

Pero Marín se volvió loco con el paso del tiempo y se olvidó de su adolescencia: la oveja negra de la manada que finalmente decide lamerle las patas al lobo. Marín como parte constitutiva del brazo cazador del Estado, del que escapamos tantas veces y al que alguna vez le dedicamos versos que promovían su exterminio, al ritmo de los Sex Pistols y de los *punketas* de *Dos Minutos*: “... por la noche patrulla la ciudaaad, molestando y levantando a los demaaás. Ya no sos igual, ya no sos igual, sos un vigilante de la Federaal”. En ese tiempo ya usaba bototos, Marín, no yo. Yo usaba chapulinas rojas, pero los dos pateábamos con la misma fuerza los basureros y las vitrinas de las tiendas.

Ahora es distinto. Él está del otro lado, pateando al enemigo. Supongo que en instituciones como esas la gente es sometida a alguna clase de lavado mental, de formación para la deformación. Yo prefiero tener la mente y la ropa sucia, antes que vestirme de un verde o un azul impecable para salir a las calles a establecer un orden del que decidí apartarme hace mucho tiempo. A fin de cuentas, yo no tengo nada en común con Marín, salvo la dialéctica entre sus bototos y mis costillas, ese baile indecoroso que le entregamos a las calles en la madrugada y que de vez en cuando necesitamos para saber que todavía estamos vivos.

Esa madrugada yo estaba tirado en el piso, sobre un cartón húmedo, acorralado contra una banca de cemento y recibiendo una ráfaga de bototos lacerantes en las costillas, mientras pensaba: qué miseria y qué libertad es la que se vive en las calles. Y era como si Marín lo disfrutara. Y también yo.

Andy Revel
Chile

Las luces de la ciudad
ciegan mis ojos
y ya no puedo verte.

Está tu imagen que amo,
tan pegada a mi deseo,
quieta entre dos muertes,
enamorada.

Está tu imagen que amo,
tan pegada a mi deseo,
veo los latidos de tu adiós muerto
como una estaca.

Soñé que te habían robado el alma
cuando nos mezclamos como el mar
y la arena, lejos,
hace tiempo.

He vuelto a ver los dorados pinos
que dulcemente, rozan la nieve
con las ramas más bajas,
salpicados, cambiantes colores
de las hojas.

Regresarán follajes,
se entrecruzarán las ramas.
y retornarán a su hueco de sombras,
al centro oscuro,
donde una vez durmieron.

Una mujer sola
contemplando el majestuoso mar,
augurando desdichas, a su lado
pasan las gaviotas,
el mar se retira cubriendo
sus piernas con un manto de algas,
y allí se quedó pensando en su infancia,
tendida boca abajo.

● **Patricia Elena Vilas**

Argentina



DETRÁS DE LA VENTANA.

Tenía catorce años cuando comenzó todo, aparecieron las “Grandes preguntas” que deambulaban por mi cabeza ¿Cómo comenzó?, ¿Cuándo terminará? Ahora pensando, eran preguntas demasiado existencialistas para una niña como lo fui yo en el 2020. En el verano de ese mismo año, fue el primer caso confirmado de coronavirus en Chile, “Covid-19”. Estaba en la playa cuando vi la noticia. En ese entonces me preocupé mucho y le pregunté a mi madre si era de importancia. —Es un resfriado más, Casandra— me dijo, y entonces me abrazó. Ya de noche, volvimos junto a mis padres, a mi casa en San Bernardo. Al día siguiente, tendría que ir al colegio, en ese tiempo cursaba octavo básico. Fue un día normal, Mis compañeros del año anterior mostrando sus útiles escolares nuevos, reuniéndose con sus amigos que no veían hace meses y conociendo a los nuevos que siempre llegan. Así fue de toda la semana, en la que nos preparábamos para lo que todos creíamos, que sería un año en el que nos divertiríamos y aprenderíamos mucho. Era el sábado y estaba estudiando para una prueba que tendríamos el lunes, pero en la tarde, avisaron que se suspendía todas las clases por aumento de contagios del tal “Covid-19”. También mencionaron que habría que tomar nuevas medidas para prevenir el contagio, como andar siempre con mascarilla puesta, no darse abrazos, ni besos, limpiarse siempre con alcohol gel, lavado frecuente de manos, etc. Fui con mi mamá a comprar al supermercado: alcohol gel, jabón, mascarillas —primera vez que usábamos una mascarilla—pensé. El supermercado estaba vacío como si se fuera a acabar el mundo. No había papel higiénico, tampoco encontramos alcohol gel y volvimos a casa. Al llegar,

habían enviado una comunicación de mi colegio diciendo lo siguiente:

“Sr apoderado:

Queremos comunicarle que por los protocolos que ha tomado el Gobierno para prevenir el Covid-19. Las clases presenciales serán finalizadas y pasarán a ser remotas”

Atentamente.

La dirección

Cuando mencionaron eso me quedé “paralizada” al no saber que pasaría con las clases y mis compañeros.

Al partir las clases remotas, nos enviaban guías que debíamos trabajar de forma autónoma. Me despertaba a las 9 am y hasta la 20:00 hacía tareas, lo cual era muy estresante. Mi mamá estaba siempre en casa, pero mi papá trabajaba hasta muy tarde. Un día llegó tarde como era costumbre, pero estaba muy débil y se sentía mal, así que desde el hospital enviara un médico para verificar qué era lo que aquejaba a mi padre y para nuestro pesar, su examen PCR fue positivo. Tuvimos que aislarnos muchos días. Lamentablemente, mi papá fue hospitalizado y sólo podía verlo a través de la ventana de la puerta de su habitación. Él estaba en cama y el doctor no me dejaba pasar, decía que debía estar aislado a todo el mundo. Un día la enfermedad empeoró, a tal punto que debieron conectarlo a un ventilador. Junto a mi mamá lo visitábamos una vez a la semana,

seguíamos viéndolo a través de la ventana de una puerta. Al llegar a mi casa lo único que pensaba era en mi padre, qué pasaría si no lo volvía a ver, qué sería de mí y mi mamá ¿podría seguir mi vida sin él? Una de las últimas veces que lo vi, el recinto hospitalario estaba colapsado y aunque todos corrían desesperados, yo me quedé ahí, mucho tiempo viéndolo, sin darme cuenta de todo lo que ocurría a mi alrededor. Él necesitaba máquinas para mantenerse vivo, hasta que, tras una semana luchando por su vida, recibimos una llamada del hospital, informando que mi padre había fallecido hace unos minutos. La tristeza me inunda, ¡No pude ni abrazarlo por el estúpido virus y la estúpida ventana! Pasaron 8 años desde ese acontecimiento, ahora ya soy adulta, pero siempre que voy a Casa de mis padres, siento el frío que recorre mi cuerpo, todo me recuerda a él, aún no supero el vacío y en su habitación, su aroma aun lo invade todo...

Dyana Reyes Correa
15 años, Chile.

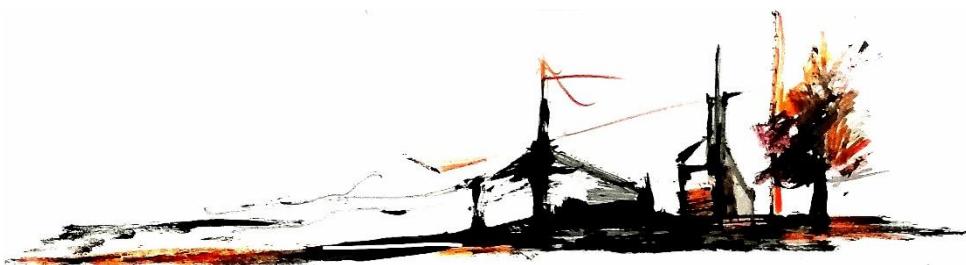


**la realidad
es una casa
habitada por soledades**

**pura sombra
donde no crecen
los yuyos**

**el aire
tiene miedo de ser
una versión
de la memoria**

**en el umbral
solo tinieblas
inocentes
sin voz.**



**la desolación
es una ciudad
vacía de aire**

**lleva por nombre
una paradoja
donde nadie
es inocente.**

**la honestidad
es una tortuga
boca arriba
con la elegancia
del fracaso**

**nadie ofrece
su cuerpo
abrirse al cuchillo
o la espera.**



David González
Buenos Aires, 1979
Nos escribe desde Viedma, Argentina.

•• EL BOSQUE DE LAS BRUJAS ••

Durante la primera década del siglo XVI, comenzó a correr una leyenda por tierras escocesas, sobre el que más tarde se le conocería como el bosque de “Las Lágrimas”; nombre que recibiría por los numerosos sauces llorones que había en el lugar.

Y contaban, que aquel era el sitio escogido por las brujas del país, para encontrarse y celebrar sus ritos. Sin embargo, hubo gente muy interesada de que aquella historia no fuese tenida en cuenta y para ello, acudieron al conde Wesley solicitándole que la desmintiera.

Este, con ánimo de quitarse de encima a las gentes del pueblo, hasta amenazó con treinta azotes a todo individuo que difundieran noticias de aquella índole, por considerarlas infundadas.

Pero ya se sabe, que cuanto más se prohíbe una cosa, más interés suscita entre las gentes por averiguar la certeza o no de su existencia. Y eso fue lo que llevó a que dos jóvenes campesinos, guiados por su afán de protagonismo, comenzaran a recorrer en sus momentos libres, por los diferentes bosques en busca de cualquier señal, que avalase la leyenda.

Les costó, pero ya dicen que quien la sigue la consigue. Y así, meses más tarde, durante un paseo por una zona poco conocida y cercana a la costa, escucharon el murmullo como de una letanía, que de entre los árboles de aquel bosque surgía. Aquello les hizo pensar, que se encontraban cerca de un grupo de gente que por el sonido que emitían parecían estar rezando.

Y no andaban equivocados. Al llegar a un claro del bosque, distinguieron a un grupo de diez mujeres que, en círculo y entrelazadas por las manos, bailaban mientras proferían una serie de palabras a modo de una letanía, que no acertaron a comprender.

Pero, en la quietud del lugar, el viento les hizo llegar un murmullo, que ellos entendieron, eran conjuros, por los que solicitaban algún poder a Satán. El sitio poseía gran número de árboles. Sin embargo, predominaban los sauces llorones y tras de ellos se ocultaron.

Los jóvenes contemplaron como a medida que el círculo y sus componentes daban un giro completo, estas iban dejando sus cuerpos sin sus vestimentas.

Y ya sin ropa, se pasaban de una a otra, una gran copa de cristal de color rojo con un brebaje, que ellos desde la distancia no pudieron distinguir.

La sorpresa surgiría, cuando ambos reconocieron, de entre las mujeres que había en el círculo, a la esposa del alcalde. En su excitación ante tamaño descubrimiento, agitaron las ramas del árbol que les ocultaba, provocando que la ceremonia se detuviera.

—¿Qué ha sido eso? —Gritó alguien del grupo.

—No lo sé —dijo la mujer del alcalde —pero no me gusta nada. Si nos descubren, podemos ir todas a la hoguera.

Los mozos, mientras tanto, seguían sin apartar sus miradas de los pechos de aquellas mujeres que, desmelenadas por el baile, se encontraban todavía en cueros.

Y en esas estaban, cuando oyeron los ladridos de unos perros que avanzaban hacia el lugar. Como si esto fuera una señal, cada una de aquellas brujas, tomando sus ropas, se encaramaron a los árboles tan rápido como pudieron, para ocultarse.

Cuando llegaron los perseguidores al claro, no encontraron nada más que una copa grande de color rojo rota sobre el verde del prado. Los perros la olieron y aquello fue su perdición. Comenzaron a dar vueltas sin sentido. El brebaje contenido en la copa les había hecho perder su olfato.

Los adiestradores que los llevaban quedaron sorprendidos de tal acción y no comprendían lo que les pasaba. Aquellos perros eran grandes cazadores y ahora, parecían poco menos que simples canes.

Los jóvenes, viendo lo que había ocurrido, se deslizaron tan silenciosos como pudieron y una vez alejados del sitio, emprendieron una

loca carrera hacia el pueblo. Tan pronto estuvieron en él, se prometieron el uno al otro, no mencionar para nada lo que habían visto.

Primero por miedo a no ser creídos y lo segundo, porque más de un vecino, si supiera lo que hacían sus mujeres, podría alterar la vida pacífica del pueblo.

● • **Fernando Arranz Platón**
España



Bosque camino a Aguas Calientes, Perú.

APELACIÓN

Sin mirar a través del mapa
abro el verso y digo:
poesía es el sitio donde se alivia la urgencia,
la indagación del nombre
por el que se atestigua en alta voz,
el valor y la altura sobre un límite infinito,
ola a punto de hallar la interrogante compleja
y fe hacia la entrada salvadora del tiempo.

El poema florece de un golpe,
hace la fantasía y se propaga rápido
suficiente en su proceder de campana
donde la libertad obsequia justicia,
facultad y razón para vivir a plenitud.

Con su magia
se llega al sitio trazado por el hombre;
su valor es punto cardinal
proveedor de un verso extendido sobre el mar
y no termina hasta ser horizonte que ampara.
Urge dar con él,
existir en su luz curativa:
él hará libre esta carne protectora
y librará de acertijos los recuerdos,
el espacio en la garganta y el puño.

Cuando el poema se expanda
se elevará el termino País;
solo entonces
podrá tomarse al verso como testigo,
honrar la fantasía,
hallar alojamiento en su estructura
y distinguir la recompensa.

Desde el mismo comienzo
del álbum que nos absuelve de culpas
escucho atentamente las ánimas,
pacto mi quedar
y reanudo el viaje hacia esta poesía
hecha a prueba de ciclones,
esa que transita fácil hacia una lumbre eterna
sin buscar otro fin que hacer el beneficio.

Rolando Reyes López
Jovellanos, Matanzas, Cuba





Fotografía: Johan Toro

Carta a Marcelina

Marcelina:

Como ya has de saber, faltan cuatro días para el aniversario de la ciudad y ya se nota en la cara de la gente el aire de fiesta. Hay mucho entusiasmo en todos. Digamos que con el fin de la cuarentena la gente anda ansiosa por salir, por divertirse y olvidar este largo mal rato.

No te vayas a poner celosa, pero voy a tener que invitar a una de las hermanas Soto para que me acompañe al baile de honor. He pensado en Sole, la menor. Ya sé, ya sé, te cae pésimo, sin embargo, no es mi culpa que no estés, porrona, el baile no me lo pierdo por nada del mundo.

Ayer por la tarde, sin ir más lejos, compré en la tienda de Don Manuel un lindo traje de tela azul con el que pretendo ir a la fiesta. Hoy me lo probé frente al espejo y me quedo perfecto, tan perfecto que por un segundo sería capaz de hacerte olvidar a ese Matt Damon que tanto te gusta.

Tú, querida, ni te imaginas lo difícil que es escribirle a alguien como tú. Sobre todo, porque te conozco como pocos. Porque estás allí como una enorme mancha de café en mis pantalones. Sé que es difícil de entender, hasta para mí resulta complejo, el gran problema es separar los conceptos y observarlos en toda su unidad. No digo nada nuevo. Lo sé. Por ahí san Juan de la Cruz y los griegos de siempre; sin embargo, callarse todo y de forma tan brutal, me parece excesivo, casi un atentado, algo parecido a tragarse mucho aire y pensar que ese tipo de cosas nos puede quitar el hambre de cazuela.

Aquí todo el mundo te extraña un montón y yo quisiera pensar que un poco más que todos. Antes que lo olvide: tía Filo te manda mil saludos y besos. Manda a decir que no te olvides de los “pobres” y de la gente que te quiere ahora que vives en la capital. Agrega, además, que Zeus, tu perro, está de lo mejor. No te preocupes por él, porque de hambre no se va a morir bajo su cuidado. Se lo pasa chancho mordiendo y botando a los muchachos cuando se le suben al lomo. Todos los niños de la casa lo

quieren un montón. Y otra cosita más que contarte de Zeus: el muy fresco está de papá, sí y sí. A Doña Rosa se le arrancó la perra de en frente y Zeus se puede decir que no se hizo mucho de rogar para hincarle el diente, tú sabes cómo es cuando de perras finas se trata.

A mí me parece, no obstante, que debería estar escribiendo más sobre nosotros, era la idea inicial de esta carta, pero ya ves, la intención se traba no sé dónde y enseguida empiezo con mis problemas y de seguro le estoy dando la lata de siempre. La verdad así entre nos, es que me da un pudor indescriptible escribir sobre ti desde que te marchaste. Muchos podrían pensar que es amor, la gente habla aquí y dice cosas. Nos veían siempre juntos y entonces claro, la gente. Prefiero recordar que a ti te gustaba leer mis versos, que hacías críticas severas y envidiabas a Mardou fox porque era negra, promiscua y porque me gustaba un montón.

Vieras tú, Marcelina, cómo hablan de amor y de nosotros, con qué soltura, con qué descaro, como si el amor no fuera acaso un machetazo en plena cepa justo cuando tomabas té o te tocaba revolver las piezas del dominó en la sede del club con los muchachos, como si no fuera eso. Eso lo sabes tanto como yo, pero la gente habla y anda diciendo cosas desde que te fuiste, no entienden que a nosotros la ciudad nos fue quedando chica, nos apretaba el cuerpo, nos parecía un feo pueblo de películas de Jhon Wayne y vivíamos claro, y hasta sonreímos a veces, pero la cosa no podía durar mucho porque si no, nos moríamos de pena y por eso te fuiste, me imagino. Quiero pensar que fue por eso.

Ya no puedo seguir escribiéndote. Mi madre ha gritado por segunda vez mi nombre para ir a cenar y si espero una tercera va a echar la puerta de mi pieza abajo, tú la conoces bien. Esta carta mañana mismo la llevaré al correo, debería estar llegando la semana que viene a la capital. Ojalá y respondas pronto, me parece demasiado silencio para dos personas que se estiman y se quieren ¿No te parece, porroncita hermosa?

Gabriel

Patricio Pastén Inostroza

Chile

Declaración de intenciones

No hay otra cosa que tú intentando mantenerte íntegra a través de tu
risatormenta hermosa cuando
quiero desenrollarte como pergamino arcano y aprenderte de memoria
Y convertirte en una tesis que sea rechazada por incendiaria y esotérica
quiero un chubasco de pesadillas extrañas que relampaguee sobre mis
sueños de perro
quiero que uses de bufanda todo esto que te escribo.

Aziz Córdova

Qua Prieta, Sonora.

El regalo

Era un niño muy poco aplicado para la escuela, sus calificaciones siempre andaban rondando el cinco, como máximo, lo que más se escribía en su libreta era el uno. Casi nunca tenía tiempo de estudiar o hacer las tareas, debía ir a limpiar parabrisas a la esquina de su casa para tratar de meterle algo sólido a su panza. Eso le llevaba toda la tarde y agotaba sus escasas energías.

En el aula se sentaba entre los de atrás, tratando de pasar inadvertido. Y en los recreos se ubicaba en algún rincón desde donde podía ver las corridas y los juegos a los cuales nunca lo invitaban.

Sin embargo, le gustaba cuando la maestra lo llamaba a dar lección. Se levantaba, se acomodaba el guardapolvo, se pasaba la mano por sus desprolijos pelos y caminaba hacia el frente. Al ubicarse de espaldas al pizarrón, se sentía feliz. Era el único momento en que su compañerita, de trenzas atadas con moños rojos, la de los ojos como caramelos de miel, lo miraba. En ese momento sentía unos cosquilleos en la panza vacía. Y siempre la misma frase: “No estudié, señorita”. Volvía a su lugar, sin antes pasar al lado de ella y sentir su perfume. Muchas veces se había repetido esa secuencia.

Volvía rápido a su pupitre bajo las miradas socarronas y risas burlonas de sus compañeros. Todos lo miraban, menos ella.

Durante varias tardes se encerró en su pequeña y calurosa habitación. La madre estaba preocupada por esa actitud. Solo salía a comer o para ir a la escuela. Sus amigos lo venían a buscar y él no quería salir.

Un día se levantó temprano, se peinó, se tomó el mate cocido que le había dejado la madre antes de irse a trabajar, luego con sus manos trató de desarrugar el guardapolvo y salió para la escuela. Se sentó en su lugar, al fondo del aula. Cuando la maestra dijo —¿Quién estudió la lección de hoy? — se levantó enérgico, seguro, decidido, alzó la mano y dijo —Yo, señorita! —. Todos sus compañeros lo miraron atónitos, sin entender nada, sintiéndose testigos de esta mañana histórica.

Se dirigió al frente con paso firme, se plantó de espaldas al pizarrón, sus ojos se cruzaron con la niña de trenzas y sin titubear, sin equivocarse y sin dejar de mirarla, dijo la lección completa. La señorita lo miró sorprendida, lo felicitó, le acarició los cabellos y le puso un diez.

Al volver a su asiento, al pasar al lado de la niña de ojos color miel, ve que ella le sonríe y él entrecierra los ojos y le esboza una mueca de agradecimiento por ser su inspiradora y casi susurrando le sopla al oído—Es para vos el diez, es lo único que puedo regalarte—.

Luego caminó hacia el fondo, esta vez lento, disfrutando de las miradas de sus compañeros y ahora también la de ella.

Marcelo Colo Pascale

San Nicolás, Argentina.

Agradecimientos a:

Andy Revel- Chile

Patricia Elena Vilas - 63, años Argentina

Fernando Arranz Platón - España

Rolando Reyes López - Jovellanos, Matanzas, Cuba

Aziz Córdova- Agua Prieta, Sonora.

Patricio Pastén Inostroza - Chile

Marcelo Colo Pascale- San Nicolás, Argentina

David González -Buenos Aires. Nos escribe desde Viedma, Argentina.

Dyana Reyes Correa- 15 años, Chile.

Edición: Pedro Toro / Ónice Yajure

Revisión de contenidos, diseño y medios: Ónice Yajure

Fotografía y Arte. Pedro y Johan Toro

Agradecemos profundamente a todos los artistas y público que se han dado el tiempo, de mirar y comentar, de compartir y difundir este material. Con eso son parte de la construcción de este medio de comunicación.

Comparte y difunde.

No se permite el uso comercial del contenido de la revista y de cualquiera de sus plataformas.

Creative Common

Revista Clan Kütral, es una revista impresa y digital de arte y actualidad, completamente autogestionada. No somos un proyecto de gobierno o de alguna organización en particular, somos un medio independiente, al servicio de toda forma de expresión de arte para toda Latinoamérica.



@revistaclankultural

